



[Sylvain Pattieu *]

¿QUÉ ES UNA REVOLUCIÓN?¹

En junio de 1973 la Liga Comunista, sección francesa de la Cuarta Internacional, es disuelta por el gobierno tras haber atacado un mitin fascista en París y varios de sus dirigentes son encarcelados. Algunos meses más tarde la organización se reconstruye bajo el nombre Liga Comunista Revolucionaria (LCR). El añadido del término “revolucionaria” al nombre de un partido compuesto de militantes revolucionarios (y convencidos en esa época de que la revolución estaba próxima) es en este caso puramente accidental, ligado a una coyuntura de disolución-reconstrucción. No se trata pues de una opción deliberadamente delimitadora o identitaria, de un elemento que determine un proyecto de sociedad, sino más bien de una cuestión estratégica. Por otro lado, este elemento estratégico ha podido ser adjuntado por otras corrientes de pensamiento más allá de la izquierda revolucionaria, y ciertas corrientes de la extrema derecha se proclaman abiertamente revolucionarias. El elemento del proyecto político, del proyecto de sociedad, es, pues, fundamental. Las revoluciones constituyen medios, procesos, para alcanzar la realización de dichos proyectos y no son fines en sí mismas. Es precisamente porque no existe una “teoría de la revolución” que no tenemos una receta mágica infalible. Cada revolución, según los objetivos que se fijan sus actores, en función de los contextos sociales e históricos, ha conocido dinámicas y causas distintas, incluso cuando logramos distinguir una serie de factores explicativos fundamentales.

1. ¿A qué llamamos revolución?

El término “revolución” puede a la vez representar un contrapunto absoluto o ser completamente banalizado. El término es banalizado cuando es utilizado a diestro y siniestro a propósito de cualquier cambio algo importante: tras la revolución de Internet, ahora tiene lugar la revolución numérica. Desde un punto de vista etimológico, llevar a cabo una revolución consiste en completar una rotación de un cuerpo sobre su propio eje para volver al punto de partida, cosa que sería bastante deprimente si extrajéramos conclusiones políticas de ello.

Más en general, la revolución constituye un contrapunto en las representaciones dominantes, puesto que es asociada a la idea de violencia, de arbitrariedad. Los episodios más sangrientos son puestos en primer plano, como el periodo del Terror para la Revolución francesa, por ejemplo. Se trata, por tanto, de un breve periodo de la Revolución francesa que ocasionó menos muertes que cualquiera de las terribles represiones de las revueltas campesinas perpetradas por el poder real en la Francia del Siglo XVIII. Muy a menudo se confunden las revueltas y las revoluciones. Las revueltas son mucho más frecuentes que las revoluciones. El caso típico es el de la revuelta campesina del Antiguo Régimen: desorganizadas y brutales, a veces sin objetivos precisos, se caracterizan por una gran violencia. Los motines entran en esta categoría. Los procesos revolucionarios pueden incluir

¹ Este texto sintetiza la participación del autor en una sesión de formación de la LCR que tuvo lugar en París el pasado 17 de abril (de 2005) y al que asistieron dos militantes de Revolta Global. La versión definitiva ha sido escrita expresamente por encargo nuestro [nota del traductor].

episodios de revuelta, pero no se reducen a eso. Desde un punto de vista histórico, las revoluciones son procesos que han modificado y marcado profundamente las sociedades en las que han tenido lugar². No podemos hablar con propiedad de revolución hasta que se da una transformación rápida y fundamental de las estructuras estatales y de clase de una sociedad, acompañadas y consumadas en parte desde abajo por revueltas de clases. En cambio, incluso cuando tienen éxito, las rebeliones o las revueltas –que se pueden concretar en una revuelta de las clases dominadas– no desembocan en un cambio estructural, en transformaciones sociales y políticas. Por su parte, las revoluciones políticas transforman las estructuras estatales sin modificar las estructuras sociales y no se llevan a cabo necesariamente a través de un conflicto de clases. El ejemplo de la Revolución Meiji en Japón a finales del Siglo XIX es interesante, puesto que desembocó en una industrialización de ese país sin modificar la jerarquía social. Más recientemente, las reformas iniciadas por Deng Xiao Ping a partir de 1978 para introducir la economía de mercado en China son del mismo orden. Existen también revoluciones políticas que constituyen un simple cambio de equipo dirigente. Son fenómenos nada despreciables, pero que no tienen una dimensión de puesta en cuestión de la sociedad, o bien esta es muy limitada. En fin, procesos como el de la industrialización pueden transformar las estructuras sociales sin por ello engendrar ni ser el resultado de crisis políticas o de cambios de estructuras políticas de base. La singularidad de las revoluciones sociales es que las transformaciones fundamentales de las estructuras sociales y políticas se producen al mismo tiempo y se refuerzan mutuamente. Los cambios que se producen son el producto de conflictos socio-políticos intensos en los que las luchas de clases juegan un papel clave.

La combinación de cambios políticos por arriba y de cambios sociales por abajo justifica la frase de Lenin, para quien una revolución se da “cuando los de arriba ya no pueden, cuando los de abajo ya no quieren”³. “Cuando los de arriba ya no pueden”, es decir, cuando los dominantes ya no están en situación de asegurar la reproducción de su dominación. Puede tratarse en este caso de factores bastante independientes de la voluntad de los revolucionarios. En particular, el contexto internacional es fundamental: una crisis importante, o una guerra, pueden hacer que se tambaleen las clases dominantes. El apoyo prestado por la monarquía francesa a las Américas contra los británicos arruinó al reino antes de 1789 y constituye una de las causas de la Revolución francesa. La participación del zar en la Primera Guerra Mundial en 1914 jugó un papel similar en Rusia. La derrota de Napoleón III contra Prusia que desencadenó la Comuna de París o la crisis abierta por el golpe de Estado franquista de 1936 en España son otros ejemplos de crisis. El lugar del país en la competencia mundial imperialista es fundamental en este contexto: las revoluciones han estallado a menudo en países con una situación subordinada, que han padecido una derrota reciente o que están sometidos a grandes dificultades. Las rivalidades en el seno de los grupos dominantes pueden contribuir a fragilizar su empresa: es el caso de la aristocracia y la burguesía en 1789. La combinación de estos factores fragiliza al Estado e impide a las clases dominantes asegurar una represión eficaz. Durante la Revolución francesa o de la Revolución rusa, la división del ejército permitió que la población se rebelara. Estas circunstancias excepcionales no permiten nada más que una revolución de palacio si no se desarrollan en relación con las contradicciones del país en cuestión.

De ahí la importancia del segundo término de la frase, “cuando los de abajo ya no quieren”. Aquí tampoco existen recetas infalibles. Podemos disertar a placer sobre las tensiones latentes o potencialmente arraigadas en las relaciones objetivas de clase. Pero comprender cuándo y cómo los miembros de una misma clase social se consideran capaces de luchar eficazmente por sus intereses es mucho más difícil. La aceleración de los acontecimientos siempre sorprende a los militantes políticos y a los comentaristas. El episodio del editorialista del periódico *Le Monde*, Viansson-Ponté, quien escribió pocas semanas antes de Mayo del 68 “Francia se aburre” es célebre. Una revolución corresponde a la irrupción de las masas en la política: no es cuestión de vanguardismo, sino de movimientos profundos de las sociedades, bruscos y rápidos, ciertamente, pero que corresponden a elementos profundamente arraigados. Lo que cuenta entonces es la capacidad de rebelión y de auto-organización colectiva de la población, de los dominados, su capacidad de actuar en común. El

² Theda Skocpol, *Los Estados y las revoluciones sociales*, Fondo de Cultura Económica, México, 1985.

³ V.I. Lenin, *La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo* en *Obras Escogidas*, Ed. Progreso, Moscú, 1964.

papel de las comunidades aldeanas durante la Revolución francesa o durante la Revolución rusa fue fundamental: constituían un marco preexistente de auto-organización colectiva, movilizadas en el contexto de la revolución. La construcción de tales marcos, que son marcos de sociabilidad y de vida antes de transformarse en marcos políticos, es muy importante para los militantes revolucionarios.

Factores coyunturales, o la irrupción de una gran cuestión nacional, actúan sobre ese fondo social como la mecha que alumbra el incendio: es la ola que corona el mar de fondo, el elemento que provoca la revuelta de las masas. Es el rechazo de los impuestos en 1789, la defensa de la patria y de los cañones de la Guardia Nacional durante la Comuna de París, la cuestión nacional también en las revoluciones coloniales, el peso cada vez mayor de la guerra en la Rusia de 1917. Contradiendo una visión demasiado obrerista, no es sólo la clase obrera quien se moviliza en esos momentos. La revolución de 1917, y con más razón la de 1798, donde no existía clase obrera sino una pequeña población de artesanos y comerciantes, son imposibles sin la aportación de los campesinos, quienes atacan violentamente los privilegios mediante la apropiación de las tierras; las movilizaciones sobre la base nacional, o de barrio durante la Comuna de París, ponen en juego identidades distintas: popular (pero más bien artesanos que obreros), por barrio, y la nación contra los prusianos y los traidores (cosa que no excluye el internacionalismo, puesto que se cuentan extranjeros entre los dirigentes de la Comuna). Los comuneros desarrollan una comunidad de participación que no se desprende necesariamente de la clase sino de la identificación como habitantes de París⁴.

El lugar de la ideología, el rol de un partido revolucionario:

El rol de un partido revolucionario puede parecer bastante limitado en este contexto y las teorías que ponen en cuestión la importancia de un partido son, por otro lado, numerosas. El rol del partido es ciertamente limitado en el momento mismo. Se trata de intentar tomar las buenas decisiones en el momento oportuno, cosa que no es nada fácil de apreciar: un dirigente bolchevique como Zinoviev se opuso a la insurrección en 1917, por temor a una represión demasiado fuerte. Durante la revolución de 1917, el Partido Bolchevique supo canalizar y, a veces, también utilizar la revuelta popular; concentró sus esfuerzos en la toma del poder y la organización de un nuevo poder. Pero raramente fue dueño de la situación⁵. A menudo, incluso sin partido revolucionario, la revolución tuvo lugar a pesar de todo: es el caso de 1789. Las condiciones materiales concretas y la situación nacional e internacional concreta son determinantes. Por consiguiente, el rol precedente de crítica del sistema y de elaboración de utopías, de deslegitimación de la ideología dominante es muy importante. Este trabajo permite perfilar otro porvenir para las clases dominadas. El ejemplo típico es la influencia de los *philosophes* durante los veinte años anteriores a 1789, como el de todos los revolucionarios contra el zarismo antes de febrero de 1917. Antes de 1789, la difusión de las ideas de los *philosophes*, que pusieron en entredicho a la monarquía absoluta y la idea de orden natural, con la notable mediación de la imprenta, fue fundamental⁶. Un partido juega pues un rol ideológico al difundir ideas que ponen en cuestión el orden dominante, que lo deslegitiman. La importancia de la batalla cultural o ideológica fue subrayada por un pensador marxista como Gramsci. Hoy, un movimiento contra la globalización capitalista, sin ser por tanto un partido, ha jugado un verdadero papel de deslegitimación del consenso neoliberal dominante y de sus organismos internacionales y, aun a pesar de la ausencia de victorias concretas, tal avance ideológico es importante. Desde un punto de vista práctico, el partido debe también participar a todos los niveles en todo lo que pueda contribuir a la auto-organización de las masas y a la auto-experimentación. Permite también agudizar las contradicciones sociales y debilitar al sistema, de dejar entrever posibilidades de cambio, de funcionamiento alternativo.

⁴ Roger V. Gould, *Insurgent identities. Class, community and protest in Paris from 1848 to the Commune*, University of Chicago Press, 1995, la obra es presentada en Lilian Mathieu, "identités insurgées", nota de lectura de *Contretemps* n.º 7, mayo de 2003.

⁵ Marc Ferro, *La révolution russe de 1917*, Flammarion, 1990; Leon Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*, 1930.

⁶ Roger Chartier, *Les origines culturelles de la révolution française*, Seuil, 1994.

2. La cuestión del poder en la revolución

La imagen del militante revolucionario ciegamente consagrado a la promesa mesiánica del “gran día” es un clásico del pensamiento dominante, que corresponde a la temática del militantismo como algo superado y obsoleto. Nos puede remitir también a la tentación de ciertos revolucionarios de aplazar la resolución de cualquier cuestión espinosa a los tiempos benditos que seguirán a la revolución. Por tanto, una revolución es, ante todo, un proceso, incluso si la imaginación sólo retiene a menudo los momentos de crisis en los que explotan las contradicciones. Una situación revolucionaria se caracteriza a la vez por la incapacidad de los dominantes de asegurar convenientemente su dominación y por una voluntad de los dominados de escapar a ella. Un periodo revolucionario es un periodo de efervescencia, donde el poder vacila y donde se instauran situaciones de contrapoder o de doble poder, con una auto-organización de masas, a veces basada en comunidades o colectivos preexistentes, para paliar las fallas del poder y organizar la vida colectiva. También tienen lugar acciones espontáneas de reapropiación social, bajo formas distintas, más o menos violentas. En ese momento se plantea la cuestión de la legitimidad: ¿quién dispone de ella, el viejo orden social o los nuevos organismos que compiten con él? Este sistema de doble poder fue experimentado de un modo muy claro en Rusia con los soviets, pero no se han conocido otros casos tan nítidos a lo largo de la Historia. Las situaciones han sido a menudo más fluidas, con una combinación de elementos antiguos y nuevos.

La cuestión del poder se plantea entonces en términos de legitimidad y de toma del poder. Aparecen divergencias a la vez con corrientes que podríamos calificar de reformistas, o de legalistas, y con las defensoras del anti-poder, ligadas a las teorizaciones de Holloway, por ejemplo. Las corrientes que podríamos denominar legalistas o reformistas tienen ilusiones sobre las posibilidades de cambiar desde el interior las instituciones existentes y sobre la necesidad de enfrentamiento con las clases dominantes. Estas privilegian pues el aspecto institucional de los cambios y el acceso a la dirección de esas instituciones. El ejemplo chileno de Allende, quien no quiso armar a la población para defenderse contra el ejército y las milicias patronales, es el más flagrante. Las corrientes del anti-poder, al contrario, privilegian exclusivamente la auto-organización popular, sin tener en cuenta el poder del aparato de Estado. Parece, más bien, que, para tener éxito, una revolución debe apoyarse a la vez en la auto-organización sin ignorar la capacidad de represión de las clases dominantes y en la necesidad de romper el aparato represivo del Estado. También es necesaria una auto-organización por abajo y una toma del poder central que destruya las antiguas estructuras para crear otras de nuevas. Las teorías de Holloway⁷ ponen el dedo en una llaga de la tradición marxista. Según Marx, el objetivo de una revolución es la desaparición del Estado a largo plazo. Sin embargo, todas las revoluciones han desembocado en un reforzamiento del Estado, en una mayor centralización y eficacia, incluso a veces, como en Rusia, mediante la utilización de funcionarios del régimen precedente.

Esta cuestión de la toma del poder del Estado sigue constituyendo un verdadero problema que comporta riesgos de derivas y de burocratización. El modelo insurreccional con huelga general, que a menudo sigue siendo un referente en nuestra tradición, no es el único modelo. El ejemplo actual del proceso de revolución bolivariana, con todas sus imperfecciones innegables, demuestra que un proceso electoral puede formar parte de un proceso revolucionario. Pero Chávez no sería nada sin el apoyo popular que ha asegurado su permanencia y su retorno en cada momento de crisis.

La idea de la destrucción del Estado burgués no es simple: ¿Qué destruir? ¿Qué transformar? ¿En qué modalidades? Aquí también hay muchos problemas por resolver. La idea de la dictadura del proletariado ha conducido a derivas autoritarias, aun cuando el término haya sido substituido, y la desaparición completa del Estado es difícil de imaginar en una primera etapa. El abandono de la referencia a la dictadura del proletariado por la LCR en Francia no es solamente un cambio “cosmético” o coyuntural puesto que la palabra “dictadura” estaría mal vista, sino una verdadera revisión crítica de la teoría marxista a la luz del balance del siglo: nuestro marxismo es un marxismo crítico que evoluciona. A la vista del balance del siglo, el respeto a la democracia, del principio de una persona un voto, del principio de un derecho

⁷ John Holloway, *Cambiar el mundo sin tomar el poder*, El Viejo Topo, Barcelona, 2004.

aplicable a todos y todas, del pluralismo (el rechazo del pluralismo formaba parte de las críticas de Rosa Luxemburg a los bolcheviques, a pesar de su apoyo a la Revolución rusa), deben ser considerados como inalienables. Lo cual no excluye el combatir los ataques eventuales de las clases dominantes, en particular cuando se sitúan fuera de las reglas del juego democrático. ¿Hasta dónde puede ir la defensa contra estos ataques? El ejemplo de Nicaragua es importante puesto que los sandinistas, independientemente de lo que se pueda pensar de su evolución posterior, aceptaron abandonar el poder tras haber perdido las elecciones, rechazando hacer la felicidad del pueblo contra su voluntad. La violencia contrarrevolucionaria engendra medidas, adoptadas en un contexto de guerra o de guerra civil, en 1789 y posteriormente como entre 1917-1921, que no son neutras, y resulta difícil trazar la frontera entre la defensa de las conquistas revolucionarias y la arbitrariedad. El problema es también el de una violencia que viene de abajo y las venganzas siempre posibles en contextos tumultuosos, en los que el orden vacila, ya sean venganzas políticas o personales. Todo ello es difícil de prever, pero es necesario dotarse de garantías democráticas desde ya mismo en nuestras prácticas.

Más allá de la toma del poder del Estado, la cuestión de la dinámica popular no está nada clara. La movilización popular, condición indispensable del dinamismo de una revolución, está sujeta a consecuencias posibles, como una “normalización” que puede desembocar entonces en fenómenos de burocratización. La consolidación de un poder popular estable se hace difícil debido a la fragilidad de la posición de las clases populares, que, aun siendo ampliamente mayoritarias, están dominadas en lo que a condiciones económicas, sociales y políticas se refiere. Una revolución socialista no sanciona el acceso al poder político a una clase que disfruta ya del dominio económico, como en el caso de una revolución burguesa, sino que necesita la invención de un nuevo sistema político y económico. El riesgo de sustitución por una élite política que se apropie de los beneficios de la revolución es bien real.

Ante estos interrogantes, las experiencias revolucionarias pasadas adquieren toda su relevancia: por ejemplo, la autogestión durante la guerra de España, la redistribución de las tierras en 1917 o en China, o durante la Revolución mejicana. El estudio de los procesos en curso, como en Venezuela, es rico en enseñanzas. Un contexto revolucionario es un contexto de educación acelerada para una buena parte de la población, incluidos los revolucionarios. De todos modos, un problema crucial sigue planteado: la ausencia de una experiencia revolucionaria de masas en los países fuertemente industrializados y en las democracias liberales desde hace decenios. Marx pensaba que las revoluciones tendrían lugar en los países industrialmente más avanzados; pero esto no se produjo en estos países, sino más bien en países más “atrasados” o “arcaicos”. Desde entonces no podemos más que razonar en base a esquemas pasados, de cuya pertinencia no tenemos hoy certeza alguna.

3. ¿Qué serán las revoluciones del Siglo XXI?

Los cambios que tenemos que tomar en consideración

La sociedad capitalista sigue dividida en clases sociales con intereses divergentes, antagónicos. La determinación de las clases dominantes por conservar el sistema tal como existe en la actualidad, esto es, hacerlo evolucionar en conformidad con sus propios intereses, no ha cambiado. Para ellos, la lucha de clases está lejos de haber desaparecido! Podemos defender la necesidad de una ruptura radical, es decir, llegando a la raíz de las cosas, de la sociedad actual, con sus estructuras económicas, sociales, pero también con las instituciones políticas, que debemos empujar hacia una democracia completa y total. No será mejorando el sistema progresivamente, poco a poco, en los márgenes, que cambiarán las cosas. Cosa que no excluye la idea de reformas, pero reformas radicales que pongan en cuestión verdaderamente la lógica del beneficio privado y el funcionamiento del sistema. El paradigma socialdemócrata de una mejora progresiva ya ni tan siquiera es defendido por las elites social-liberales, que han teorizado su aceptación de un sistema de acompañamiento social del capitalismo y ya no ponen en cuestión la economía de mercado. La idea de la necesidad de una ruptura con el capitalismo ha retrocedido, es defendida por menos corrientes políticas que en los años 70 por ejemplo, cuando este presupuesto era compartido tanto por la izquierda

revolucionaria como por la reformista. De ahí la necesidad de participar en movimientos de recomposición en la izquierda, con el fin de reagrupar a los que quieren romper con la lógica del capitalismo, del neoliberalismo, aunque no se definan revolucionarios.

El balance del siglo pasa por ahí, y no podemos hacer abstracción del estalinismo como si se hubiera tratado de una simple desviación monstruosa. A la vista del Siglo XX, debemos proclamar que la revolución del Siglo XXI será democrática además de social. La longevidad de las democracias liberales marca un fuerte arraigo de estos sistemas políticos, a pesar de que las cosas puedan bascular muy rápido; a su vez, se da una crisis de estas democracias, una falta de confianza política: aunque este fenómeno no nos beneficie necesariamente; los individuos concernidos pueden encontrar refugio en la indiferencia, en las salidas personales del sálvese quien pueda, léase en la extrema derecha en muchos países europeos. La exigencia democrática permite agudizar, por tanto, las contradicciones del capitalismo, en particular en las democracias liberales que proclaman permanentemente la democracia sin poner al alcance de los ciudadanos medios para ejercerla. De ahí la necesidad de integrar en nuestro horizonte el pluralismo, la separación de poderes, la necesidad de derechos democráticos, de un "ecosistema" partidos-movimientos sociales-sindicatos sin predominancia de unos o de otros. Los nuevos movimientos sociales y asociaciones, el movimiento altermundialista, que han aparecido en el paisaje político, deben ser integrados a nuestro proyecto de sociedad y permitirnos salir de la representación caduca, demasiado simple y peligrosa, del partido que lo domina todo.

En relación con la cuestión democrática, existe una nueva relación con la violencia política, muy distinta de la de principio de siglo, muy diferente también de la de los años 70; un muerto en una manifestación se paga hoy mucho más caro políticamente del lado de los gobernantes, incluso si los medios de represión y de control se han desarrollado considerablemente; por otro lado, la violencia revolucionaria está mucho menos aceptada. Debemos tenerlo en cuenta en nuestra estrategia y afirmar tanto más que nuestra idea de revolución no se corresponde a la caricatura, a menudo presentada, de un golpe sangriento, sino más bien como una reapropiación democrática y social por la mayoría de la población. Nuestra violencia es una violencia defensiva contra la reacción de los dominantes. Debemos aprovechar además al máximo las libertades democráticas (ya ampliamente recortadas) que nos otorga el sistema: derecho a campaña, de expresión, de presentarse a las elecciones.

Las problemáticas de la emancipación se han ampliado igualmente: la cuestión social sigue siendo central, pero las otras opresiones (opresión de las mujeres, de l@s homosexuales, de las minorías nacionales o culturales...) están lejos de constituir meros añadidos. Las relaciones entre individuo y sociedad se inscriben de un modo distinto a como lo hacían a principios del siglo XX. La cuestión ecológica ha tomado una nueva importancia y forma parte de las tareas revolucionarias. En Europa, las condiciones sociales han cambiado, y el modelo del obrero de fábrica que trabaja en una gran concentración industrial ha retrocedido. Una nueva clase obrera se ha desarrollado, más atomizada, empleada en pequeñas fábricas o en el sector servicios, con un reforzamiento de las tendencias a la individualización y a la autonomización en relación con los asalariados que existen ya. En estas condiciones, el trabajo sindical clásico sigue siendo indispensable pero más difícil. Sin embargo, la elevación general del nivel de instrucción permite también a los dominados entender mejor, y eventualmente criticar, el mundo social que les rodea. Ciertamente existe un rechazo creciente de las instituciones políticas, pero también una politización más fuerte de las poblaciones que entienden lo que está en juego, puesto que saben leer y descifrar la propaganda.

En lo que concierne al Estado, el paradigma del Estado del bienestar, del Estado no solamente represivo sino también protector, con un sistema de seguridad social, o de pensiones, ha sido violentamente puesto en cuestión por las políticas neoliberales de los años 80 y 90. Con la cuestión democrática, se trata de otro punto de apoyo para los revolucionarios, quienes deben desarrollar hasta el final la lógica de los bienes comunes, gratuitos y accesibles a todos.

Un último cambio fundamental: el de la correlación de fuerzas internacional, de las recomposiciones imperialistas. Los países europeos más industrializados siguen siendo naciones dominantes, pero hoy en día han perdido mucha fuerza en relación con los Estados

Unidos. Más en general, la emergencia de nuevos países industrializados puede agudizar las rivalidades interimperialistas.

¿Qué es ser revolucionario hoy?

El análisis concreto de la situación concreta obliga a tener en cuenta una correlación de fuerzas globalmente desfavorable. La idea de revolución ha perdido crédito ante las tragedias del siglo precedente: debemos, por consiguiente, mantenernos firmes en el principio de la necesidad de una ruptura radical con la sociedad actual. Pero también hace falta demostrar que es posible empezar aquí y ahora: tomando medidas “reformistas” pero capaces de romper radicalmente con la lógica del sistema. Este aspecto es esencial para nuestra credibilidad: de ahí la importancia de los planes de urgencia con medidas concretas y el interés que tiene ponerlas en práctica, aunque sea local o parcialmente, para demostrar que otras vías son posibles. Es importante intentar construir zonas de autonomía, aunque sea ilusorio pensar que estas puedan bastar para derribar al capitalismo o para vivir en una sociedad paralela. Debemos saber combatir en varios frentes: en el social, el ideológico, el de la experimentación práctica y también en el campo electoral –es decir, institucional– con una voluntad subversiva, desde luego. Se trata de mostrar y de demostrar en todos los frentes que podemos ser útiles para cambiar verdaderamente la sociedad, construyendo la auto-organización de las luchas, la autoorganización colectiva de la población en todos los niveles posibles, condición indispensable de la acción colectiva en caso de crisis revolucionaria. De este modo, podemos demostrar que no nos contentamos con esperar “el gran día”, sino que somos útiles y que cambiamos el orden de cosas aquí y ahora.

En estas condiciones podremos volver a poner al día, al gusto del día, la idea de revolución, teniendo en cuenta tanto las experiencias afortunadas como las desgraciadas. Hay, finalmente, una necesidad de modestia: los conflictos revolucionarios han desembocado invariablemente en resultados que ninguno de los grupos interesados había previsto o querido totalmente –y, por consiguiente, los intereses nunca fueron totalmente satisfechos.

(Traducción castellana de Andreu Coll)

* Militante de la LCR, miembro del Comité de redacción de la revista *Contretemps*, investigador y profesor de historia en la Universidad París VIII.